

de la Universidad de Palermo. Para dicha entrevista elaboraron un cuestionario muy exhaustivo y luego de este primer contacto estuvieron ya en condiciones de desarrollar el programa de necesidades y plasmar las primeras ideas rectoras de su propuesta. Cada 3 a 4 alumnos entrevistaron a un escritor distinto.

Los proyectos resultantes si bien se generaron a partir de requerimientos similares en cuanto al espacio y al equipamiento, son muy diferentes entre sí, (según el comitente en cuestión) ya que cada uno tiene un lenguaje y una poesía singular que solo es posible cuando se logra una comunicación profunda con quien será el futuro habitante del espacio que se creó.

La segunda cuestión de la realidad con la que los enfrenté es con la factibilidad de materializar sus ideas.

Para esto los alumnos deben:

1. Consultar la existencia en el mercado nacional o internacional de los materiales aptos para su producto.
2. Elaborar los planos técnicos y de detalles correspondientes para que sean comprendidos por los diferentes gremios.
3. Crear un catálogo con los productos, materiales, texturas, cartas de colores, etc., que se utilizarán en la obra, incluyendo especificaciones técnicas y los sitios sugeridos donde se podrían comprar.

Conclusión

Se podría, en una primera lectura, suponer que este golpe de realidad puede limitar al alumno en su creatividad, generando resultados estructurados y previsibles, pero por el contrario, lo que se busca es que el alumno cuente con mayores herramientas y se encuentre más capacitado tanto sea en lo que se refiere al contacto humano y a la empatía que es necesario lograr con el comitente, como en los aspectos tecnológicos que le brinden la posibilidad de definir y transmitir sus ideas a través de una presentación precisa y detallada, ya que así tendrá un soporte mayor para dar forma a su caudal creativo y artístico.

¿Por qué Contamos? El retorno a la narrativa como herramienta didáctica

María Elsa Bettendorff

Decía Marx que los hombres moldean su propia historia, pero no lo hacen libremente. Si tratamos de contrastar la universalidad de la cita con nuestras particulares historias como docentes, podemos preguntarnos cuál ha sido el grado de autodeterminación en las decisiones que nos llevaron a construir nuestro perfil profesional: qué hay de propio y qué hay de ajeno en el modo en que nos relacionamos con el conocimiento; por qué elegimos –o

si es que realmente pudimos elegir– una forma de vincularnos con los alumnos, colegas y directivos; en qué medida asumimos la impronta institucional de nuestra práctica y cuándo hemos optado por suspenderla –o atenuarla; qué nos lleva a seleccionar un repertorio de temas y no otro, y si ese repertorio coincide o no con nuestra representación mental de la materia que dictamos; qué es lo que individualiza nuestro estilo comunicacional y si éste refleja nuestra percepción de lo que debe ser la enseñanza. En suma: en qué espacio encontramos la libertad que nos permite afirmar que nuestra historia es, justamente, nuestra –tal vez correspondería analizar antes el significado de la libertad en nuestro imaginario, pero ésa, decididamente, es otra historia–.

Desde hace más de una década, las investigaciones en el campo de la enseñanza y el aprendizaje rozan este problema al recurrir a la expresión “saber pedagógico sobre los contenidos” para aludir a las competencias y actitudes específicas de cada docente en la preparación y el dictado de las asignaturas de su área¹. El concepto, por supuesto, no funciona aisladamente, sino dentro de un modelo global que describe a la enseñanza como una actividad interpretativa y reflexiva, en la que los trabajadores –en el sentido restringido del término– de los distintos niveles de la educación formal “darían vida” a los programas y la bibliografía de sus materias incorporándoles valores y sentido. Adhiramos o no al pragmatismo optimista de esta perspectiva, podemos coincidir en que en el ejercicio concreto de la docencia en el aula no sólo hay lugar para nuestro propio criterio de lo que es “enseñable”, sino que además éste responde a una transformación de nuestro “saber sobre los contenidos”, producida por la práctica continua. Lo que implicaría a su vez que no enseñamos única o necesariamente lo que se espera que enseñemos, y que eso, antes que una transgresión, es un desvío autorizado –y convenientemente señalado– por el mismo sistema. Se trataría, entonces, de una libertad prevista y, por ese motivo, controlada. Esa –relativa– libertad se ejercería, fundamentalmente, en la producción de un discurso marginal a los estrictos contenidos programáticos, generado por la experiencia o la intuición y estructurado sobre la forma más primitiva de circulación de saberes: la narrativa.

La narrativa es, precisamente, una forma de discurso casi consustancial al pensamiento, en la medida en que se articula sobre la dimensión temporal y explícita la progresión de lo vivido o conocido. Como señaló alguna vez Jean Paul Sartre: “el hombre es siempre un narrador de historias; vive rodeado de sus historias y de las ajenas, ve a través de ellas todo lo que le sucede y trata de vivir su vida como si la contara.”² Fue seguramente esta excesiva “naturalidad» de la forma narrativa y su vinculación inmediata con las tradiciones orales lo que

hizo que fuera desvalorizada durante mucho tiempo en la enseñanza superior de corte positivista; minimizada frente a las abstracciones teóricas, las argumentaciones lógicas, las fórmulas, las taxonomías, las definiciones y las precisiones técnicas, siguió trabajando sin embargo, como en los diálogos socráticos, a la manera de un recurso “extra” del docente para complementar el abordaje de los “grandes temas”. Bajo las denominaciones de “anécdota”, “estudio de caso”, “relato biográfico” y, sobre todo, en su expresión literaria o artística –el cuento, la novela o el film–, el discurso narrativo ocupó, dentro o fuera del curriculum, el lugar de la motivación o de la distensión. Desde los actuales enfoques de la investigación educativa, hoy se propone un “giro hacia la narrativa”, lo que significa redescubrir el papel facilitador de los relatos en la enseñanza y el aprendizaje. Y no sólo eso: además, la narración es presentada como una de las mejores armas con las que contamos los educadores para eludir el determinismo de los programas académicos y señalar el camino de la participación y la construcción común del conocimiento en el aula.

La narratividad no es, por supuesto, sólo una cuestión de forma, sino también –y fundamentalmente– de función. Sin pretender enumerar aquí la pluralidad de funciones que el relato parece cubrir en la cultura contemporánea, podemos rescatar algunas de las que se ligarían más directamente a los procesos de enseñanza y aprendizaje. Autores como Paul Ricoeur nos recuerdan que el pensamiento narrativo constituye una parte fundamental de la vida cognoscitiva y afectiva, que interviene también en aspectos éticos y prácticos. Es indispensable, por ejemplo, para comunicar quiénes somos, qué hacemos y por qué lo hacemos. Si admitimos que todo conocimiento se obtiene en el contexto de una existencia concreta, que es producto de las experiencias, las percepciones, las expectativas e incluso los temores, prejuicios y limitaciones de alguien, y observamos que en la mayor parte de los relatos se manifiesta el punto de vista de alguien –un narrador abstracto, un personaje y, en ciertos casos, un sujeto empírico–, parece justo adjudicar a la narrativa la cualidad de promover la intersubjetividad o, al menos, el encuentro con otra subjetividad. En el caso del discurso educativo en particular, algunos investigadores reconocen dos grandes tipos de narrativa que contribuyen en la concientización de lo subjetivo y lo intersubjetivo: por un lado, las exposiciones de la historia del conocimiento humano como tal, a través de las cuales se relata, en términos generales, el viaje de aprendizaje de la especie humana y el desarrollo de su pensamiento; estas historias culminan en las modernas concepciones de la ciencia, el arte o las humanidades, y en su despliegue en nuestros proyectos y prácticas. Por otro lado, frente a estas “grandes narrativas” que tienden a lo universal, se ubican las que corresponden al terreno de lo individual, y que consolidan las nociones de identidad, de diversidad

y de diferencia. En suma: las narraciones forman un marco dentro del cual se desenvuelven distintos discursos sobre el pensamiento y las potencialidades del hombre; en este sentido, su función principal es hacer inteligibles las acciones humanas para nosotros mismos y para los otros.

Al elegir una historia que contar, sea cual fuere su canal de transmisión, estamos reconociendo el valor de nuestra propia historia como actores, lectores o espectadores de un universo referencial que nos pertenece de hecho y por derecho, que hemos modelado con nuestra matriz perceptiva y capturado con las redes de nuestra comprensión; lo que revele esa historia será, para quienes la reciben, siempre algo más que un recorrido desde un principio hacia un final: anclados en el punto preciso que separa lo particular de lo universal, los relatos proyectan a la dimensión de lo cotidiano los conceptos y valores más abstractos; que con ellos se manifieste nuestra libertad de pensamiento y decisión, es otro motivo –u otra excusa –para seguir contando.

Pymes, Mercosur y crisis. El nuevo escenario de las Relaciones Públicas.

Lorenzo Blanco

Las pequeñas y medianas empresas, el MERCOSUR y las eventuales situaciones de crisis que pueden ocurrir en cualquier organización, son temas que por su trascendencia ya están insertados como componentes comunes en el proceso económico, social, político y cultural de nuestro país como asimismo de la Región y por lo tanto, si bien esto no constituye una novedad y la cuestión es tratada en sus múltiples matices por parte de las diversas disciplinas que comparten la competencia en estas funciones, en este caso particular nos referimos a la incorporación que la Facultad de Diseño y Comunicación dispuso a partir del Ciclo de 1998 en el Cuarto Año de la Carrera de Relaciones Públicas en el pensum de la asignatura “Planeamiento I Y II”, el tratamiento del marco operativo y las propias peculiaridades de las PYMES y del MERCOSUR a través de un sesgo esencialmente práctico y enmarcado en el natural utilitarismo de esta especialidad y aleatoriamente teniendo en cuenta las grandes perspectivas como fuente de trabajo, que estas dos pueden ofrecer en poco tiempo a los profesionales de Relaciones Públicas.

Pero vale una aclaración al respecto, ya que formular este enfoque en medio de una coyuntura socioeconómica que sostiene un mercado laboral seriamente deprimido y con señales decisivas en la mayor parte del aparato productivo, puede parecer tan inoportuno como alejado de una realidad el mero hecho de insinuar cualquier tipo de